



Juan López
de Hoyos
y la enseñanza
humanista en
el siglo XVI

Un
MAESTRO
EN TIEMPOS
de FELIPE II

ALFREDO ALVAR
EZQUERRA

Alfredo Alvar Ezquerro

Un maestro en tiempos de Felipe II

Juan López de Hoyos y la enseñanza hu-
manista en el siglo XVI

*Para Manolo, Carlos, Antón y Jaime Alvar Ezquerro,
todos ellos catedráticos de alguna rama de la
Filología o de la Historia en distintas universidades
públicas españolas y, cada uno, a su manera, feliz,
frustrado, satisfecho, ilusionado o decepcionado de
cómo van las cosas pero todos profesores y maestros
de una vocación humanística heredada.*

Los príncipes deben temer a los historiadores más que las mujeres feas a los pintores.

ANTONIO PÉREZ, *Aforismos*, c. 1599.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios; a lo que él respondió que su profesión era ser humanista; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república; que el uno se intitulaba *el de las libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones.

—Porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfóseos*, o *Ovidio español*, de invención nueva y rara; porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra, de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés, en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto, con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro*, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, a causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores: porque vea vuesa merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote*, II-XXII, 1615.

La gloria es una usura [...]. He derramado mi espíritu en Carrasqueda [...]. Ponte a sus pies [de España] de escabel de su gloria y de su dicha, escondido entre los sillares de sus cimientos...

MIGUEL DE UNAMUNO, «El maestro de Carrasqueda», *La Lectura*, Madrid, julio de 1903.

PRÓLOGO

Amable lector:

Este es un libro escrito por un historiador para lectores interesados en pensar y disfrutar con la lectura. No vale, pues, para rellenar el tiempo ocioso de quienes encuentren en una PlayStation su compañera de distracciones, o de los que si ven más de diez líneas impresas piensan que el anuncio es muy aburrido.

El autor está fascinado por la cultura clásica y por su reconstrucción en los siglos xv y xvi y su pervivencia aún en el siglo xviii. Pero también está encandilado con aquellos castellanos que fueron capaces de desperezarse de la herencia clásica y construir un imperio (político, cultural) moderno.

Para ambas realizaciones, para renacer a los clásicos y levantar un imperio se necesitaba formación. Y esa formación no era nacional, sino internacional, entre otras cosas porque se transmitía en una lengua fascinante, de esmerada estructura, biensonante y que había dejado hijos por toda Europa, que se llamaba latín. Los latinos eran los creados y criados alrededor del latín. Los otros son caribeños, o mulatos u otras pertenencias culturales.

Esa formación, además, había de ser extensa en los conocimientos, autores, textos u obras, e intensa en las reflexiones. No era una cultura-basura de usar y tirar, o sin consistencias, o políticamente correcta, o solo entretenida. Era una cultura capaz de generar un sistema de interrelación disciplinar y personal. Es decir, fue un potentísimo agente de socialización. Lástima que otros agentes de socialización, también culturales, pudieran acallar las voces de esta revolución en la concepción del hombre y su función por

estos lares. Quienes acabaron con la novedad fueron los de siempre: los agentes de la coerción, los elementos de la reacción...

Ponerle punto y final a este libro no ha sido tarea fácil. Acaso, como casi siempre, solo he puesto punto. Luego, afortunadamente, que para eso soy historiador (profesional), tendré la vida que me quede para ir poniéndole finales por aquí y allá, e incluso para ir olvidándome de algunas líneas abiertas hoy, que sentiré que ya no me dicen nada.

Las primeras cosas que publiqué sobre humanismo fueron..., casi no lo recuerdo. ¿Tal vez la coordinación de la edición facsímil del *Dioscórides* de Andrés Laguna? Empecé a ocuparme de López de Hoyos alrededor de 2005. El tiempo que le he dedicado a la redacción directa de este libro ha superado el año.

La idea inicial era la de redactar la vida de un maestro en el siglo XVI. Mi protagonista había de ser Juan López de Hoyos, porque ya que le había dedicado atención en los últimos años e incluso había escrito una biografía y otros artículos científicos y de divulgación sobre Cervantes, que se dice que fue su «discípulo», no estaba mal desentrañar por una vez la vida de ese Juan López de Hoyos, el maestro de Cervantes. Mas lo gracioso es que no sabemos ni por cuánto tiempo lo fue, ni qué le enseñó, y además estoy convencido de que las relaciones entre los dos acabaron como el rosario de la aurora. Es más, me da la impresión de que Cervantes lo despreció visceralmente y por escrito. De todo ello hablo en las páginas siguientes.

Así que ya hemos fijado el objeto del estudio: una biografía sobre Juan López de Hoyos, el maestro de Cervantes. Por desgracia, su vida está oculta tras la oscuridad de los documentos inexistentes (o no hallados) hasta 1568. En ese año, a finales de enero, es elegido, tras ganar la oposición, como maestro de la Gramática en el Estudio de la Vi-

lla de Madrid. Y, a partir de entonces, gracias a las muertes del desdichado príncipe don Carlos y de la fascinante reina Isabel de Valois, salta a la primera línea del reconocimiento público en Madrid: el Ayuntamiento le encarga la descripción de los textos que honrarán a los personajes muertos. Ambos escritos, como la descripción de la entrada en Madrid de la nueva reina Ana de Austria (1571), son textos de memorias, de recuerdos por vista de ojos y los redactó para que quedaran impresos para la posteridad. Su intención fue un estrepitoso fracaso. No todo lo que se escribe es bueno o reconocido. Los tres textos mayores de Juan López de Hoyos son a la vez interesantes (¡cómo no van a ser interesantes los textos escritos por un testigo cultivado!), pero plúmbeos. No se trata de creaciones literarias. Si lo intentó, desde luego lo hizo pesadísimamente mal. Más parecen, insisto, recreaciones de unas vivencias, en las que la creación no ha de ser la gran protagonista, sino el registro de los acontecimientos. ¡Lo que pasa es que nuestro Juan nos cuenta —permíteme la exageración— hasta los hilos que colgaban de los flecos de los estandartes!

En los años siguientes, la victoria de Lepanto o la muerte del cardenal Espinosa le sirvieron para redactar sendos encomios y epicedios que son estrictos ejercicios de retórica y poesía. Textos menores son también las nueve aprobaciones que he localizado de López de Hoyos (ampliando la lista que propuso en su día Astrana Marín y con ayuda de Fabien Montcher, mi muy caro y amado discípulo) o las alabanzas por el nacimiento de don Fernando, que está en la Biblioteca Vaticana.

Y aún hubo un nuevo texto de historia: la contestación de Madrid a las mal llamadas *Relaciones Topográficas* de Felipe II, que ellos conocían como la *Descripción de los pueblos de España*, que explico en el interior del libro de qué se trata.

Además, durante esos años de maestro del Estudio hubo de pelear lo indecible contra la expansión de la Compañía de Jesús. Si Juan López de Hoyos hubiera sido un piernas, no habría habido batalla en los pasillos de palacio. Pero él estaba muy bien formado, era cura secular y no quería que le destruyeran su Estudio. La batalla se libró durante unos años y los jesuitas solo pudieron triunfar después de la muerte del maestro Juan. La documentación sobre todo esto se encuentra —fundamentalmente— en el Archivo de la Villa de Madrid y en el Archivo Histórico de la Compañía, en Roma.

Así fue pasando su vida. Como maestro de niños, como historiador, pero todo ello incardinado por su función social esencial, la de ser sacerdote. No sabemos cuándo profesó, pero sí que fue capellán de la Capilla del Obispo —de los Vargas— en Madrid y cura párroco de San Andrés, hasta su muerte el 28 de junio de 1583. No he hallado ninguna esta sobre él en el archivo episcopal de Toledo en dos visitas que he hecho. Por el contrario, sí que pasé buenas jornadas en el de San Andrés, entre partidas de bautismo firmadas por él.

Paradójicamente, el mayor rastro documental que dejó coincide con lo que ocurrió alrededor de su muerte. Efectivamente, se conservan su testamento manuscrito (y dos copias posteriores), el codicilo, el inventario de sus bienes al morir ¡con una biblioteca de unos 400 volúmenes pésimamente mal descrita por el escribano!, la almoneda de esos bienes, la constitución de un vínculo en el que se incluyeron las propiedades inmuebles..., y varias peticiones del siglo XVIII para poder hipotecar esos bienes inmuebles vinculados hacía unos ciento treinta años. Esa documentación se encuentra en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid y en el Archivo Histórico Nacional. La localiza-

ción y lectura de los dos testamentos de la madre también son útiles para entender a aquella gran mujer... ¡analfabeta!

Por tanto, sobre López de Hoyos se puede escribir un López de Hoyos verdadero. Y lo he hecho.

Pero sobre un hombre de letras del siglo *xvi* se puede escribir una vida ficticia. Y eso lo he hecho también.

No sabemos ni el lugar ni la fecha de su nacimiento. Es muy arriesgado decir que como murió en 1583, pudo haber nacido en 1520. Según tan inconsistente razonamiento, como su madre murió a finales de 1592, habría nacido después que él. Y aunque vemos cosas difíciles en estos tiempos de la biotecnología, lo anterior no deja de ser imposible. En cualquier caso, la abuela fue longeva y enterró a dos hijos y a algún yerno. No he hallado ningún dato riguroso que me permita aproximarme a alguna fecha de nacimiento de Juan. Más suerte tendrán otros.

Pero entonces entra una parte del Juan ficticio: un crío que hubiera nacido en ambiente rural en las proximidades de Madrid —o en el Madrid agrario anterior al establecimiento de la Corte— y alrededor de los años treinta del siglo *xvi*, pudo estudiar en Alcalá. ¿Cuáles eran los estudios que se cursaban en Alcalá desde el colegio menor hasta obtener el grado de doctor y ser vapuleado en el vejamen? Con documentación de la Universidad de Alcalá, con las constituciones y, con bibliografía reciente, ofrezco al lector del siglo *xxi* una parcial aproximación al mundo estudiantil, en su vertiente intelectual, de lo que podría haber sido la vida de un humanista en formación.

Un maestro de Gramática en el siglo *xvi* se hacía. Estudiaban en las universidades, pero no había un plan de estudios común. Así que en cada universidad se estudiaba de una manera diferente, siguiendo dos o tres modelos de referencia. Cuando Cisneros fundó la de Alcalá de Henares quiso que su referente fuera París..., y lo que él innovó.

Ahora bien, aunque no hubiera un plan de estudios común, sí había unos intereses comunes, sí que existía una *comunidad o república de las letras* (en el sentido etimológico de *res publica*, «la cosa pública») que creó una cultura globalizada y compartida en la unidad, a pesar de las variedades. Aún en el siglo XVIII se tenía consciencia de la existencia de una «República Literaria» en el pasado: es el término que utiliza —uso este ejemplo a vuela pluma— el impresor Andrés de Sotos en 1779 en la Dedicatoria y en el Prólogo de la reimpresión de la *Doctrina política* de Eugenio de Narbona y del *Concejo [sic] y consejeros de príncipes* de Furió Ceriol. Sobre las reediciones en tiempos de la Ilustración de los «clásicos españoles» volveré más adelante.

Volvamos a nuestras argumentaciones. Cuando las variedades —nacionales— triunfaron sobre la unidad, el castillo cultural empezó a desmoronarse. Fue el proceso de las guerras de religión, de los enfrentamientos nacionales contra el Emperador; fue el siglo XVII. Fue el tiempo de la expansión de los textos clásicos —y otros— en lenguas vernáculas.

La vida estudiantil, desde la vertiente social, ha sido descrita varias veces. Bien con rigurosos estudios como los de Peset y Hernández Sandoica, o los de Kagan (entre otros muchos), bien por nuestros autores de los Siglos de Oro, que dedican textos más o menos exagerados a los estudiantes: Cervantes en *Don Quijote I*, XXXVII; Mateo Alemán, en *Guzmán de Alfarache*, II, III, IV; Vicente Espinel, en *Vida de [...] Marcos de Obregón*, I, XI, o, en fin, Quevedo en *El Buscón...*, por hacer alguna referencia en este prólogo. Pero la literatura no es la única fuente del historiador.

Por otro lado, si te llamaran la atención los esfuerzos que tenían que hacer aquellos profesores y estudiantes, el rigor en el estudio y la utilidad de aquella enseñanza, me daría por satisfecho. En ocasiones puede que en mi redac-

ción haya superado el rigor a la claridad, pero espero escribir para lectores interesados e inteligentes.

Estos son los que saben que sin esfuerzo, diferenciación y codos no se puede aprender. Que no todos somos iguales, aunque tengamos los mismos derechos, confusión bastante frecuente, y que, por ende, tampoco hay por qué hacer a toda la población filóloga o cronista. La división social del trabajo es una virtud en cualquier sociedad madura.

Una vez que el muchacho recreado, mi Juanillo, hubiera alcanzado el grado de doctor, o que hubiéramos visto en qué consistían los estudios de Artes o Teología, quedaba completado el proceso de análisis de cómo se formaba un maestro de un Estudio municipal de Gramática. Primer pilar de la vida de Juan López de Hoyos despejado.

Entonces, podríamos entrar a analizar el ambiente historiográfico que conocería ese escritor de memorias e historias que fue Juan López de Hoyos. Lo conoció, sin duda: por las fechas de edición de sus textos, por el contenido, por la participación en la elaboración de la encuesta de la *Descripción de los pueblos de España*, por los contenidos de su biblioteca y porque Cervantes tuvo, no tengo dudas en decirlo claramente, alma de historiador que bien pudo consolidar en el tiempo que fuera alumno de López de Hoyos en el Estudio de la Villa de Madrid, del que, por cierto, no se conserva documentación directa.

Trazado, pues, el ambiente historiográfico de esa segunda mitad del siglo XVI, destacando las grandes realizaciones, o las grandes inquietudes de los escritores de historia, mostrando los ejemplos que todos deseaban alcanzar y aportando la lista de los cronistas reales de Carlos V y Felipe II, el lector ya más avezado podrá ver cómo se perdió López de Hoyos a la hora de escribir historia. Y es que el momento era fascinante. No parece que hubieran visto aún la necesidad de la síntesis (la *Historia de España* de Mariana na-

ció como obra de compilación, no de trabajo nuevo, y es la primera que se hace con esa intencionalidad), por lo que todo lo visto por ojos, todo lo vivido, sentido o padecido, podía ser susceptible de ser pasado a papel. ¿O no? E intentando resolver esa dubitativa contradicción sucumbieron muchos. De hecho, más de un proyecto quedó en borradores inconclusos de centenares de páginas suciamente anotadas. No es caos. Es irresolución. En la bibliografía recojo obras (sobre todo de historiadores anglohablantes) que han visto con claridad los orígenes de la historiografía crítica. Ahora, medio milenio más tarde, el método histórico está tan depurado que hay cosas que a ellos amargaban que a nosotros prácticamente no nos preocupan. De hecho, López de Hoyos, al dictar la aprobación de los *Nueve de la fama*, manifiesta que ha corregido algunos datos: pero ¿está ante un libro de caballería o de historia? El tema es apasionante —trastocó y desconcertó a muchos— pero no lo puedo tratar aquí.

En cualquier caso, siempre subyace el problema de la estructura del pensamiento, del conocimiento y su transmisión. El orden del saber, que tanto diferencia a un intelectual de un concursante en televisión.

Y explicado el ambiente historiográfico del, ya sí, «maestro Juan», esto es, despejada la incógnita de su segunda manera de satisfacer la vida, hacerse historiador, entramos en la vida documentada, propiamente dicha, de Juan López de Hoyos.

No creo que ninguno de los epígrafes tratados en la parte descriptiva inicial no tenga su corroboración en la parte dedicada a la vida documentada. No creo que ningún apartado de la vida documental pueda entenderse si no se aplican unas nociones generales sobre el mundo cultural que le tocó vivir.

Ni que decir tiene que sobrevuela por todo el libro su condición de sacerdote, el cambio cultural que supuso el Concilio de Trento, ciertas tensiones que dieron vida a aquellos hombres y mujeres.

Al final de todo, como siempre, acaso habría redactado el libro de otra manera. Aún más, si hubiera tenido la certeza del nacimiento o de la ordenación de menores o mayores, u otros asuntos, habría ido haciendo un libro algo diferente, aunque en los fundamentos habría sido igual a este. Desde luego, de lo que no me queda duda es de que he ido encontrando a un López de Hoyos austero, listísimo, muy pesado en el escribir, preocupado por el destino de su madre, generoso para con sus sobrinos, gran administrador de rentas y mil cosas más. Un sacerdote del siglo XVI, con rigurosa formación humanística, maestro de escritores e historiador de lo local.

Pero si quisieras una buena duda, ahí va: ¿qué papel jugó en su vida un tal doctor Juan Cogollos, al que pagó su sepultura y a cuya hija Catalina le dejó en herencia y de regalo 10.000 maravedís para su casamiento? A su propia hermana, Juana López de Hoyos, le dejó la misma cantidad en el testamento (y luego la duplicó en el codicilo), y a su otra hermana, Úrsula, 15.000 maravedís.

No sé la razón por la que he tenido una suerte indescriptible en La Esfera de los Libros. Este es el tercer libro que publico con ellos. Es verdad que me gustaría disponer de algo más de tiempo, de más concentración para plantearme los problemas propios del colapso de una sociedad, de la construcción de un modelo político, o de robustecer a las elites por la vía de la formación humanística. Pero también es verdad que si hubiera dispuesto de todo el tiempo del mundo para escribir una reflexión..., ¿habría terminado alguna? O en otras palabras, ¿cuántas tesis doctorales se

empiezan y nunca se acaban porque iban ser las mejores del mundo mundial?

No me he de quejar. Por el contrario, dedico a Ymelda Navajo y Berenice Galaz aquellas palabras de Quintiliano a su editor el librero Trifón, que hago mías y se las ofrezco a ellas rendido y arrobado:

Siguiendo, por otra parte, el precepto de Horacio en su *Arte poética*, que aconseja no apresuremos la publicación de nuestro trabajo, sino que lo tengamos reservado por el discurso de nueve años, dejaba yo descansar la obra, para que, calmando aquel amor que tenemos a lo que es parto de nuestro entendimiento, la pudiese yo examinar con menos pasión, leyéndola como si no fuese cosa mía. Pero si es tan deseada su publicación como me aseguras, salga enhorabuena al público, y deseemos que tenga buena ventura.^[1]

El texto que te entrego para tu examen, inusitado lector, es un resultado más de los trabajos de investigación del proyecto del Plan Nacional de I+D+i que se realiza en el CSIC bajo mi dirección cuyo título es «La escritura del recuerdo en primera persona: diarios, memorias y correspondencias de reyes, embajadores y cronistas (siglos XVI-XVII)», cuyo número de referencia es HAR2011-30251. Como ciudadano de un Estado democrático tienes derecho a saber en qué se gastan tus impuestos. Bueno, más o menos...

La edición de los textos de López de Hoyos, de sus recuerdos de grandes acontecimientos, la redacción de cuanto vio como si de una fijación de la memoria se tratase, así como el análisis de las primeras corografías de Madrid, entre otras cosas, están en el origen de este texto, que ha acabado desbordado por la explicación del ambiente social y cultural en que tuvieron lugar aquellos momentos de creación literaria.

En más de una ocasión —así lo espero— sentirás la tentación de ampliar por Internet alguna de las cosas que he

redactado. A día de hoy, es absurdo decirlo, la red nos ofrece tal ingente cantidad de materiales que muchas veces, cada vez más, no hay que acercarse a las bibliotecas de fondo antiguo. Si otrora todo, todo estaba en los libros, ahora casi todo, casi todo lo impreso está «colgado». Así no molestaremos y trabajaremos en nuestros despachos. Volveremos a ese «mundo que hemos perdido». Y eso tendrá repercusiones económicas, sin duda, en un mundo dogmatizado por la utilidad material de los gastos y los costes. ¿Llegará el día en que para que no desgastemos nuestro patrimonio bibliográfico y documental, una vez que estén digitalizados los fondos, se puedan ¡al fin! cerrar los archivos y las bibliotecas, que quedarán convertidos en depósitos de custodia de legajos y libros sin saber muy bien para qué?

Si consideras que la digitalización de nuestro mundo es una revolución social de primera magnitud, incluso capaz de haber derrocado dictaduras o de hacer correr las ideas sin censuras ni controles por parte de los estados ni de los medios de comunicación de masas tan próximos a los centros de decisión financieros, imagínate lo que para ellos, en el siglo XVI supuso poder manejar libros, copias de textos que ellos sabían que eran exactamente iguales a las que leía otro, u otros, en Besanzón, Viena o Venecia. A ese desmadre había que ponerle coto y se desarrolló la censura. A este, no tienen manera, y tal vez alcancemos un estado de rebeldía estable que construya un mundo políticamente menos cínico y podamos recobrar la confianza en el hombre y la cultura que le acompaña. Aunque solo sea un logro que dure quince días.

Verás también que, en la medida de lo posible, como las primeras partes del libro son «compendiosas», de síntesis, apenas hay notas al pie. Más bien cito a la americana y remito a una muy sucinta bibliografía al final del libro. No